

## Factores que contribuyeron a la helenización de la España prerromana

Los iberos en la Grecia Propia y en el Oriente helenístico a través de los escritores antiguos.

**L**A paulatina helenización que, a partir del año 500 antes de Cristo —por dar una fecha redonda—, se va advirtiendo cada vez con mayor evidencia en las artes y, en general, en todas las manifestaciones culturales ibéricas, se ha atribuído con razón a la benéfica influencia de las escasas colonias o factorías griegas que desde las últimas estribaciones pirenaicas, aquellas que mueren en el mar junto a Rhodas y Emporion, hasta las tierras donde se debieron alzar Hemeroskopeion y Alonai, orlaban con sus nombres griegos las costas levantinas de la Península ibérica. Los colonos de estos establecimientos, juntamente con los mercaderes y traficantes helenos que tocaban en sus playas, debieron de iniciar y estimular, al calor de las constantes relaciones comerciales mantenidas con los indígenas de la costa, la asimilación, por parte de éstos, de un cierto número de elementos culturales clásicos, de los cuales quizás los más importantes fueron el alfabeto y la moneda; la importación de productos oriundos de talleres griegos, parte para llenar las necesidades de los colonos, parte con el fin de servir de instrumentos de cambio con los indígenas,

debieron despertar entre los iberos la necesidad de perfeccionar sus procedimientos y técnicas consuetudinarios y aun de adquirir otros nuevos: el torno de alfarero y la fundición por el procedimiento de la cera perdida, por ejemplo, debieron introducirse en la industria ibérica por esta vía. Y, en fin, del arte exquisito del pueblo colonizador tomaron inspiración los artistas indígenas de todo orden, tanto los que labraban la piedra y fundían los metales, como los que torneaban y pintaban los vasos cerámicos. Los productos de esta índole llegados a nosotros a través del tiempo se hallan a veces tan fuertemente impregnados del jugo artístico de la Hélade, que son de por sí los más bellos testimonios de la helenización, no sólo del arte sino, en general, de la vida de los iberos.

Sin pretender desvalorizar o menospreciar la eficacia que como propagadoras o difusoras del espíritu griego tuvieron estas colonias, cabe, sin embargo, hacerse esta pregunta: ¿Hubiese llegado a la lejana Iberia, a las místicas costas del tricornio Geryón, la clara luz de la cultura clásica, aun prescindiendo por un momento del importante papel que las colonias griegas debieron desempeñar en la helenización del Occidente? O, con otras palabras: ¿La serie de elementos procedentes del mundo cultural griego que se advierten dentro de la cultura ibérica se deben a influencias irradiadas de los focos coloniales greco-ibéricos exclusivamente, o bien hubo otros factores históricos que, independientemente de ellos, determinaron la introducción dentro de la civilización indígena de otra serie de corrientes exóticas procedentes del mundo cultural griego? A esta pregunta puede contestarse sin titubeos que, aunque prescindiésemos de la labor civilizadora de las colonias griegas, aunque esta colonización no hubiese llegado a España, la cultura indígena, de todos modos, se hubiese visto iluminada también, si bien, naturalmente, con me-

nor intensidad, por el potente resplandor del foco cultural clásico. Dos factores, hasta ahora, poco tenidos en cuenta, garantizan la certeza de tal afirmación: uno de ellos es la influencia cartaginesa; del otro, objeto de este estudio, fueron protagonistas los mismos iberos.

Al comercio cartaginés hemos de atribuir, en gran parte, la presencia de aquellos elementos griegos importados que con tanta frecuencia han aparecido en los yacimientos arqueológicos del Mediodía de España. Recuérdense los vasos griegos del Museo de Cádiz y, sobre todo, los ricos ajuares funerarios hallados en Villaricos, en la costa de Almería, o en las necrópolis de Toya y Galera, en el hinterland andaluz, donde la cerámica griega suditálica ocupa un puesto de honor y cuya introducción, en regiones a veces tan alejadas de la costa, se hizo sin duda a través de cualquiera de las factorías cartaginesas del Sur de España, y por intermedio de comerciantes púnicos, que en estas costas y por aquel tiempo gozaban de un monopolio comercial de derecho (tratado romano-cartaginés del 348 antes de Cristo, transmitido por Polybios, III, 24, 1), aunque no sabemos hasta qué punto lo fuera también de hecho. Un vaso griego, suditálico, del siglo IV, hallado en Málaga, llevaba grabada la marca comercial de una casa púnica. Recuérdese también a este fin el importante hallazgo del sarcófago antropoide de Cádiz, que si es púnico de espíritu y significado, es bien griego de arte y de gusto. En el gran conjunto de necrópolis cartaginesas de Ebusus, en las Baleares, es difícil a veces distinguir entre los objetos en ellas hallados, lo que es púnico de imitación, de lo que es griego auténtico. En cuanto a las numerosas figuritas de barro procedentes de dichos conjuntos funerarios, si la mayoría son púnicas de fábrica, muchas son griegas de gusto y arte. Recuérdense también las numerosas gemas de talla griega halladas en las mismas necrópolis ebusitanas y, fi-

nalmente, para no citar más ejemplos, ¿no estaba el arte cartaginés a su vez profundamente influido por el arte griego? ¿No eran sus artes figurativas francamente griegas por su aspecto y aun quién sabe en cuántos casos también por la mano que las ejecutó? ¿No acuñó Cartago, tanto en Africa como en Europa, monedas de la más pura corrección clásica y aun de cierto grabadas a veces por artistas sikeliotas? En la helenización de la Península intervinieron no sólo los elementos griegos colonizadores sino también los comerciantes semitas del Norte de Africa, fuertemente influidos a su vez por la cultura griega.

Mas al lado de la corriente civilizadora griega y de la púnico-grequizante, hemos de colocar otro factor histórico de no escasa importancia que actuó en favor de la helenización de las tribus ibéricas, con una eficacia igual, y aun quizás en algunos casos mayor, que los dos anteriormente citados. Este factor histórico lo encarnaron los propios iberos. Cuando se habla de la benéfica acción que los colonos griegos y los mercaderes púnicos ejercieron en la cultura de los iberos, se les adjudica a estos últimos un papel de meros receptores pasivos. Pero este concepto no es exacto. Junto a los extranjeros, también los mismos peninsulares actuaron de vehículos o transmisores de aquellos elementos culturales que sirvieron a su propia helenización. Los viejos textos nos dicen que durante tres siglos enteros, miles y miles de soldados hispanos recorrieron, como mercenarios, todos los principales teatros de la Historia clásica, de donde, sin duda, debieron importar a sus tierras no pocas ideas, no pocos estímulos y no pocos gérmenes fecundos. La Arqueología y la Historia nos hacen saber que los iberos no fueron, ni mucho menos, un pueblo pasivo. En los siglos de su mayor esplendor y apogeo, sentían un ansia expansiva tal, que no sólo les llevó a conquistar el interior de la Península, llegan-

do de las costas levantinas a las playas atlánticas, o a extender sus dominios al otro lado de los Pirineos, alcanzando en sus conquistas hasta el Ródano por un lado, y hasta el Garona por otro, sino que sobrándoles aún fuerzas, unas veces con cartagineses y otras con griegos, sus armas se distinguieron en todas las tierras del Mediterráneo, tanto en Sicilia como en la Grecia propia, tanto en Italia como en la africana Libya. La Península Ibérica, no ya sólo por su extensión sino incluso por la densidad de población y número de sus habitantes, así como por sus riquezas naturales, era la colonia más importante del Imperio que en la cuenca occidental del Mediterráneo se supo crear la ciudad de Cartago. Este Imperio había de sostenerse, por fuerza, en un firme poderío militar. Los púnicos propiamente dichos eran demasiado pocos para poder nutrir un ejército que satisficiera las necesidades internacionales en que se veía envuelta Cartago. Sus colonias, por el contrario, podían darle en abundancia hombres con qué llenar los cuadros de sus ejércitos. De la Península Ibérica sacaban los cartagineses la mayor parte de las tropas mercenarias que durante tres siglos, por lo menos, formaron, con los reclutas libyos, el núcleo principal, tanto por su número como por sus dotes guerreras, de los ejércitos que los cartagineses pusieron en Sicilia, Italia, Libya y hasta en la propia Iberia. Desde el año 480 a. d. C., en que los iberos aparecen históricamente por vez primera luchando fuera de su propia patria, en Sicilia, al lado de los cartagineses que mandaba Hamilkar, en el fracasado sitio de Himera (Heródotos. VII, 165), hasta el final de la primera guerra púnica en 241 (Polybios. I, 17, 4), fecha en que los cartagineses se vieron obligados a abandonar Sicilia, trasladando los restos de sus destrozados ejércitos, en los que figuraban gentes estipendiarias de todas procedencias, a Africa (Polybios. I, 67, 7), iberos, balea-

res y, probablemente también, celtas peninsulares, aparecen en los principales escenarios bélicos de la hermosa Sicilia, que recorrieron con las armas en la mano de punta a cabo varias veces, y en cuyas principales ciudades, ya como enemigos de los griegos, ya, circunstancialmente, como aliados suyos, hallaron los guerreros españoles señores a quien servir lealmente y botín con qué saciar su codicia de mercenarios. La opulenta Syrakusa dió albergue durante muchos años a los mercenarios iberos que, tras la traición de Himilkon en 395, fueron recibidos con todos los honores por el tirano Dionysios. Syrakusa era entonces orgullo del mundo griego, una de las ciudades más espléndidas, más ricas, más cultas y más grandes que conoció la antigüedad. Años antes, en 409, Akragas, famosa entonces por las enormes riquezas que sus numerosos habitantes habían sabido atesorar, fué saqueada y arrasada por las tropas cartaginesas, entre las que figuraban un buen número de falanges ibéricas. Selinoús, célebre por sus grandiosos templos, cayó materialmente demolida por estas mismas tropas, que fueron las primeras en tomar por asalto la bella ciudad sikeliota. De Himera no dejaron más que los cimientos, y en su rendición fueron los iberos los que más gloria alcanzaron, vengando a un tiempo la derrota sufrida allí mismo por sus antecesores en 480. Gela, Kamarina y tantas otras ciudades más, focos de la cultura greco-sícula, vieron discurrir por sus calles a estos bárbaros de lenguajes ininteligibles, como decía Diodoro Sículo, principal narrador de aquellas espantosas guerras en las que dos culturas y dos razas, la griega y la púnica, los arios y los semitas, se disputaban el dominio de Sicilia.

La proximidad de la antigua Trinakría a la Grecia propiamente dicha y las constantes y estrechas relaciones que hubo entre una y otra, hicieron inevitable el paso de los mercenarios españoles de Sicilia a Grecia. Esto

sucedió en dos momentos en los que las guerras y la pugna por intereses iguales pusieron frente a frente a griegos y sikeliotas. La primera vez en tiempos de las Guerras del Peloponneso cuando los atenienses quisieron vencer en Sicilia a su mortal enemiga Sparta. La otra cuando el poderío de Dionysios el Viejo de Syrakusa le daba derecho a intervenir en las contiendas de la Grecia propia, que se hallaba revuelta entonces por las llamadas guerras thebanas. Mas todo esto se explayará más tarde como es debido, por ser éste, precisamente, el tema del presente estudio.

No sólo Sicilia y Grecia, sino también Italia, fué campo para las correrías de los iberos, de nuevo aquí al servicio de los cartagineses. Los miles de iberos y baleares que el gran Hannibal llevaba en su ejército, recorrieron Italia de Norte a Sur, desde los Alpes hasta la Apulia. Unos 10.000 iberos le quedaban aún al general cartaginés cuando, después de cruzar los Alpes, bajó a las llanuras padanas. La célebre inscripción en bronce que hizo grabar y colocar en el santuario de Juno Lacinia, en Króton, así lo hacía constar (Polybios. III, 56. 4; Livio. XXI. 21-12). En el Tessino como en Cannae les cupo a estos guerreros españoles su parte de gloria. Toda Italia estaba al declinar el siglo III a. d. C. fuertemente influída por la cultura griega, tanto la Magna Grecia como Etruria, lo mismo la Campania que el Lacio.

Finalmente, en la propia Cartago debieron de hallarse casi constantemente miles de hombres procedentes de las levadas que los cartagineses hacían con tanta frecuencia en España. En Cartago se solían concentrar las tropas estipendiarias reclutadas por los púnicos en todas las tierras de su imperio, para de allí pasarlas, ya equipadas y adiestradas, a Sicilia. Eso se desprende al menos de algunos textos. Por otra parte, los cartagineses no se fiaban de los libyos en la propia Libya,

como tampoco de los iberos en Iberia. Eran pueblos dominados y no precisamente satisfechos de sus dominadores. El traslado de mercenarios iberos para formar guarniciones en Cartago o en general en Libya, y el envío recíproco de estipendiarios libyos a España, debió ser relativamente frecuente. Este intercambio era una medida elemental de prudencia, sobre todo después del doloroso experimento de la guerra de los mercenarios que puso un epílogo sangriento como pocos a la llamada Primera Guerra Púnica. Durante las guerras hanibálicas sabemos por Polybios que el general cartaginés pasó al Africa, en el invierno del 219 al 218 a. d. C., nada menos que 15.920 guerreros españoles, de los cuales un número escaso, 870 hombres, eran baleares y el resto, 13.850 infantes y 1.200 jinetes, iberos reclutados en el Mediodía de España (Polybios. III, 33, 10-12). Al mismo tiempo, su hermano Hasdrubal, pasó a España con 15.200 hombres, la mayoría africanos (libyos) y el resto ligures, en número de 300, y baleares en el de 500 (Polybios. III, 33, 15-16). Veinte años antes, al terminar la Primera Guerra Púnica, en 241, y verse obligados los cartagineses a evacuar Sicilia, fueron trasladados a Africa unos 20.000 hombres, resto del ejército que luchó con los romanos en dicha isla. Eran en su gran mayoría mercenarios ya totalmente desmoralizados. Al ser desembarcados en Cartago se sublevaron contra sus generales, dando lugar a la espantosa guerra de los mercenarios, en la que estuvieron a punto, como se sabe, de acabar con el poderío cartaginés, ya entonces muy debilitado por la guerra recientemente perdida. Entre estos mercenarios figuraban, a más de los libyos, gentes de muy diversas procedencias: los había campanios semigriegos, galos o celtas (así llamados indistintamente por las mismas fuentes), ligures en corto número, y, lo que es de interés para nosotros, iberos y baleares (Polybios. I, 67, 7; Diodoro. XXV, 2, 2). Es

nuestra opinión que también parte, por lo menos, de los llamados celtas, eran de origen español, según razones que más adelante daremos.

El valor que todos estos hechos tienen para el estudio de la arqueología ibérica prerromana es evidente. La más o menos larga convivencia con los griegos sikeliotas y los cartagineses helenizados, con los campanios, los atenienses, corintios y spartanos, la estancia más o menos prolongada en Sicilia, Italia, Grecia y Cartago, fueron causas suficientes para determinar una serie de influencias culturales tan intensas y fructíferas, si no más, que las derivadas de la acción de cualquiera de las colonias griegas del Levante español. La reiterada ocupación o estancia durante meses enteros o años en las ricas ciudades sikeliotas, donde la vida griega había llegado a bullir con toda su fuerza, y el paso fugaz de los iberos por el Atica y el Peloponneso, debió ofrecer a los guerreros españoles una imagen del mundo clásico mil veces más completa que la que les ofreciesen las, en comparación, pobres y humildes factorías hispano-griegas de Rhodas, Emporion, Zakynthos, Himeroskopeion, Alonai, Mainake. Las riquezas y objetos que en estas campañas militares pasasen a manos de los mercenarios iberos como producto de botín o saqueo, debieron ser, sin duda, mucho más abundantes y valiosos que los adquiridos por el intercambio o el comercio con los colonos y traficantes griegos de la costa.

Es, pues, evidente que sin un perfecto conocimiento del papel jugado por iberos, baleares y celtas peninsulares fuera de España y dentro del mundo clásico, no podremos nunca valorizar en su justo aprecio la civilización ibérica y celtibérica, sobre todo en lo que de común con el resto de las civilizaciones mediterráneas tiene. Esta convicción fué la que nos llevó hace ya tres años a emprender, con toda la minuciosidad que el caso requiere, la recolección de los textos clásicos referen-

tes a la presencia de los españoles en el resto del Mediterráneo, y el estudio detenido de todos y cada uno de ellos. Ya el benemérito Schulten prestó un favor inmenso a la historiografía de la España prerromana con la publicación de los dos primeros volúmenes de sus *Fontes Hispaniae Antiquae*. Pero la colección de textos que en este corpus se recogen no es tan completa como fuera de desear, cosa disculpable en una obra de este género; faltan algunos de un interés no pequeño para nuestro cometido. Además, como es natural, estas *Fontes* no pueden ser otra cosa que la recolección escueta de los textos como material, con el aparato crítico pertinente, pero dejando en cierto modo de lado el estudio y aprovechamiento de ellos. Esta es la labor que estamos a punto de terminar y en la cual sería injusto no manifestar que se ha podido llevar a cabo gracias al apoyo prestado por la Junta de Ampliación de Estudios y por la Academia de la Historia, que nos ha hecho posible estudiar los materiales allí donde mejor se encuentran y poder recorrer, como en peregrinación histórica, aquellos puntos del Mediterráneo donde, según los historiadores clásicos, se vieron un día los mercenarios españoles. Del estudio completo de este amplio e interesante capítulo de la Historia de la España prerromana, en el que hemos afrontado, al lado de la cuestión meramente histórica, la cuestión arqueológica, con el fin de determinar qué es lo que hay de clásico o de influencia clásica en las culturas peninsulares, ofrecemos ahora un breve fragmento, un corto capítulo en el que, dejando aparte la estancia de iberos, celtas y balears en Sicilia, Italia o el Norte de Africa, hemos agrupado tan sólo aquellos textos en los que se menciona a los peninsulares en relación pacífica o guerrera con el Oriente Clásico.

¿Un ibero de barbas de "macho cabrío" en Atenas hacia el 420? Cronológicamente nos vemos preci-

sados a comenzar con un texto muy impreciso. Se trata de una mención pasajera hecha por el comediógrafo Kratino en una comedia que tituló *Malthakoi* —blandos—, donde, según el fragmento que de ella nos ha llegado, se habla de un cierto ibero de barbas de “macho cabrío”. El texto, conocido a través de Esteban de Byzancio (“Fragmenta Attic. Comicorum; edic. Kock, fr. 101), no dice más que esto: Ἰβηρίας... καὶ αὐτὸς Ἰβηρος τραγοπέων” (Iberias... y “el mismo ibero de barbas de macho cabrío”).

No es fácil decir si Kratino se refería con este epíteto a un ibero determinado, de carne y hueso, que pudo haber conocido en algún sitio, o a la concepción antropomorfa del río Ibero, pues el texto copiado no da pie para más. De todos modos, hemos de advertir que, de tratarse de un individuo de carne y hueso, como Schulten deja traslucir, no podría de ningún modo ponerse en relación con los iberos que más tarde aparecerán en Atenas a las órdenes de un personaje de muy breve y nebulosa historia llamado Aristarchos, pues Kratino, de quien procede la cita, murió por el 420, es decir, unos diez años antes de la fecha en que hemos de colocar, como más probable, la estancia en Atenas de los iberos mercenarios de Aristarchos. Si bien no reparó en ello Schulten, son muy oportunas las citas que aduce para comentar lo de las barbas de macho cabrío con que Kratino pinta al ibero de su comedia. (Véase Schulten, *Fontes Hispaniae Antiquae*, pág. 41.)

*Planes de Alkibiades con respecto a los mercenarios iberos de Sicilia. 414 a. d. C.* La primera mención conocida que los autores clásicos hacen de los iberos luchando como mercenarios en tierras griegas, es, como ya dijimos, la de Heródotos. Las tropas ibéricas aparecen tomando parte al lado de los cartagineses en la famosa batalla de Himera, colonia griega en la costa norte de Sicilia, no muy lejos de la actual Palermo. El

tirano de Syrakusa, Gelón, infligió en ella una decisiva derrota a las huestes del general cartaginés Hamilkar, derrota de la que participaron, naturalmente, los iberos (Heródotos, VII, 165), pero no sin antes haber puesto, ellos solos, en grave aprieto a los vencedores en cierto episodio de la batalla, conocido a través de otra fuente bastante más tardía (Polyaeno, Strategematon. I, 28, 1, "Therón"). Esta acción, en la que los bárbaros de Occidente, los semitas del Norte de Africa, fueron derrotados por los griegos sikeliotas, tuvo lugar en 480 a. d. C., es decir, en el mismo año, y según algunos autores antiguos en el mismo día, en que los griegos de la Grecia Propia vencieron a los bárbaros de Oriente, a los persas, en aguas de Salamina.

Según se deduce de esta interesante transmisión, los iberos figuraban como auxiliares de los cartagineses en Sicilia, ya al comienzo del siglo v. No sabemos, sin embargo, si poco después de Himera siguieron los púnicos reclutando en España tropas estipendiarias para trasladarlas a Sicilia. Desde el 480 hasta el último decenio del siglo v reinó en la isla una fructífera paz entre cartagineses y griegos sikeliotas. Durante las llamadas guerras del Peloponneso, a finales del siglo v, debieron de actuar en Sicilia un número no escaso de soldados mercenarios iberos, como a continuación veremos, bien en el campo cartaginés, bien en el griego, pues su fama como gentes de gran espíritu combativo debió llegar por esta época, o quizás ya antes, a Atenas y Sparta, ya que merecieron los honores de ser tenidos en cuenta para sus planes por uno de los generales entonces más famoso, por el excéntrico Alkibiades.

Tal mención figura en un texto en extremo valioso, que hasta ahora había pasado totalmente desapercibido, aun para el propio Schulten, que no lo incluyó en su corpus *Fontes Hispaniae Antiquae*. Thukyðides, su transmisor, pone en boca del general ateniense las si-

guientes palabras pronunciadas ante los spartanos, cuando el orador, el propio Alkibiades, se hallaba ya como prófugo refugiado en Sparta por el asunto de los hermoscópidas:

Ἐπλεύσαμεν ἐς Σικελίαν πρῶτον μὲν, εἰ δυνάμεθα, Σικελιώτας καταστρεφόμενοι, μετὰ δ' ἑκείνους αὐθις καὶ Ἰταλιώτας, ἔπειτα καὶ τῆς Καρχηδονίων ἀρχῆς καὶ αὐτῶν ὀποπειράσοντες. Εἰ δὲ προχωρήσεις τὰυτα ἢ πάντα ἢ καὶ τὰ πλείω, ἤδη τῇ Πελοποννήσῳ ἐμέλλομεν ἐπιχειρήσειν, κομίσαντες ξύμπασαν μὲν τὴν ἐκεῖθεν προσγενομένην δύναμιν τῶν Ἑλλήνων, πολλοὺς δὲ βαρβάρους μισθωσάμενοι, καὶ Ἴθρηας καὶ ἄλλους τῶν ἐκεῖ ὁμολογουμένως ὄν [βαρβάρων] μαχιμωτάτους. (Thukydidés. VI. 90, 2 y 3).

(“El objetivo de nuestra expedición a Sicilia ha sido: en primer lugar, someter, si es posible, a los sikeliotas y tras ellos a los italiotas; en segundo lugar, el atacar a los cartagineses y su imperio. Logrado esto, en todo o en parte, nos prepararemos entonces a poner mano en el Peloponneso, para lo cual traeríamos en nuestras naves cuantas fuerzas helenas de allende el mar se nos sumasen, y tomaríamos a sueldo muchos bárbaros, iberos y otros, tenidos allí como los más guerreros.”)

Así, pues, según el copiado texto de Thukydidés, los mercenarios iberos se hallaban de nuevo en Sicilia, probablemente antes, pero con seguridad durante la expedición de los atenienses contra Syrakusa. Aun es posible, empero, fijar con más precisión esta fecha si recordamos cómo se desenvolvieron los acontecimientos históricos a los cuales va ligada íntimamente la oración que Thukydidés atribuye a Alkibiades. En efecto, como se sabe, se hallaba la escuadra ateniense en aguas sikeliotas, dando vista a las costas de Naxos y Katana, cuando llegó la nave paraliena reclamando la presencia de Alkibiades en Atenas. Los tribunales le llamaban para que rindiese cuentas en el famoso proceso contra los hermoscópidas. Alkibiades, que sabía todo lo que esto significaba, huyó a Thurii y de allí al Peloponne-

so, donde halló asilo seguro. Lleno de rencor contra su propia patria, que le había confiscado los bienes y hasta condenado a muerte, se entregó de lleno a ayudar a los espartanos. Con ocasión de la guerra de Sicilia, Alkibiades —según Thukydídes— pronunció en Sparta una oración llena de planes ambiciosos, como hemos visto, concebidos no ya por aumentar el poderío de Sparta, sino principalmente por menguar la preponderancia y fuerza de su propia patria. En tal ocasión fué cuando se envió a Syrakusa al general espartano Gylippos con el encargo de dirigir las operaciones contra los atenienses. Las palabras por nosotros copiadas, en en las que se alude a esta expedición, forman parte del discurso que Thukydídes pone en boca de Alkibiades. La fecha exacta de esta mención puede fijarse, por lo que antecede, en el año 414 a. d. C.

Los soldados iberos, como más tarde lo han de confirmar también Diodoro, Polybios, Livio y otros, aparecen, ya a fines del siglo v, como hombres de dotes guerreras excepcionales. De ellas sacaron los estrategas cartagineses, desde el Hannibal que en 409 destruyó Selinoús e Himera, hasta el otro Hannibal, más famoso, que venció en 216, en Cannae, gran parte de sus glorias militares. Cuando la segunda guerra púnica iba hacia sus postrimerías, en el 209, aún pudo decir Livio de los mercenarios españoles que: "*Hispani primam obtinebant frontem et id roboris in omni exercitu erat*" (Livio. XXVII, 14. 5). Tal fama, que, como hemos visto, había llegado mucho antes a oídos de los griegos de la Grecia Propia, se convirtió al punto en un hecho de gran interés para la historia de las andanzas de los iberos por toda la cuenca del Mediterráneo, pues tres o cuatro años más tarde de la mención de ellos por Alkibiades, un número indeterminado de soldados asalariados iberos estaban en Atenas a las órdenes de un tal Aristarchos, como ahora veremos.

*Los iberos en Atenas. 411? a. d. C.* Según noticia de Aristóphanes, el célebre comediógrafo ático, conocida a través de un texto transmitido por Esteban de Byzancio, un cierto número de guerreros iberos, probablemente gente reclutada a sueldo, aparece en Atenas al mando de un tal Aristarchos. El texto habla de este modo:

"μανθάνοντες τοὺς Ἰβήρας τοὺς Ἀριστάρχου παλαιὴν καὶ: "τοὺς Ἰβήρας οὕς χορηγεῖς μοι βοηθήσαι ἄρόμῳ".

("Conocemos a los iberos de Aristarchos desde hace tiempo" y "los iberos, cuyo coro diriges, vienen a socorrerme corriendo").

Ambas menciones, llegadas a nosotros gracias a Esteban de Byzancio, pertenecen, como declara su transmisor, a una comedia de Aristóphanes titulada *Itipháles*, hoy desconocida (*Attic. Comicorum, Fragmenta*, edic. Kock. Frags. 550-551).

¿En qué fecha estuvieron estos iberos de Aristarchos en la capital del Atica? Es difícil precisarlo. De Aristarchos tenemos noticias muy escasas e imprecisas. Parece ser que desarrolló sus actividades durante el último período de las Guerras del Peloponneso. Según noticias esporádicas, tomó parte, como apasionado aristócrata que era, en el movimiento reaccionario que en el 411 a. d. C. se apoderó por breve tiempo de la dirección de la política ateniense. (Thukydídes. VIII, 90; 1; 92, 6-9. Xenophón, *Hellenicas*, I, 7, 28; II, 3, 46). Durante el efímero gobierno de esta oligarquía, conocido en la historia con el nombre de "gobierno de los cuatrocientos", Aristarchos figura como estratega. Al fracasar el movimiento entregó a los enemigos el fuerte fronterizo de Oinoe, no lejos de Atenas, que había ocupado en 411 (Busolt, *Griechische Geschichte*, 3, 2; 1511. Thuk. VIII, 98. *Comic. Attic.*, edic. Kock, frags. 43, 550 y 551); por esta causa, al caer prisionero, fué

ejecutado en fecha que debe colocarse antes del 406 (Xen., *Hell.*, I, 7, 28; Lykophrón, *Leokr.* 115. Véase también Hultsch, en el *Pauly-Wissowa*, "Aristarchos") Por todo ello cabe colocar este pasaje de Aristóphanes más bien en el 411 que después. Si ciertos arqueros bárbaros que, según otro texto de Thukydídes (VIII, 98), aparecen con Aristarchos en la toma de Oínoe, fuesen de seguro los mismos iberos que menciona Aristóphanes, la fecha de 411, anteriormente propuesta, tendría una posibilidad más para tenerse como verdadera. Pero como hizo observar muy bien Schulten, el arco no es ibérico (Schulten, *Font. Hisp. Ant.*, pág. 40).

Una pregunta salta de la pluma: ¿Dónde reclutó Aristarchos sus iberos? Desde luego hemos de renunciar, como poco probable, a la suposición de que los griegos sacasen, como los cartagineses, tropas asalariadas de sus zonas de influencia en la Península. Coincidimos con la opinión de Schulten, que con razón supone a Sicilia como el lugar más probable de su reclutamiento. En efecto, como hemos visto no ha mucho, en Sicilia existían por entonces tropas mercenarias iberas. Nada de extraño tendría, pues, que, con motivo de la expedición de los atenienses contra Syrakusa, hubiesen entrado éstos en relación directa con los iberos, o bien mediata, a través de los cartagineses o de cualquiera de las colonias griegas sikeliotas, a cuyo sueldo pudieron haber estado. Lo más probable es que los iberos formasen como estipendiarios dentro de las tropas cartaginesas que guarnecían las plazas y factorías del occidente de la isla y que, llevados los cartagineses por el odio a Syrakusa, odio que dentro de unos años había de estallar de un modo bestial, hubiesen éstos cedido con gusto parte de aquellas tropas, entonces inactivas, a los atenienses, con los cuales debían simpatizar.

*Iberos y celtas peninsulares en el Peloponneso. 368 y 367 a. d. C.* Entre el 411?, en que los iberos aparecen

en Atenas, y el 368, en que vuelven a ser citados en Kórinthos, es decir, durante casi medio siglo, los textos callan en absoluto para lo que a nuestro tema se refiere. En contraste con este silencio, las noticias que atañen a la historia de Sicilia abundan en este lapsus de tiempo en citas verdaderamente valiosas para la historia de los iberos en el Mediterráneo Occidental. Desde el 409, a. d. C., en que Hannibal, como ya recordamos, comienza la gran ofensiva cartaginesa en Sicilia, hasta la decisiva victoria del 395 a. d. C., en que Dionysios el Viejo salvó a Syrakusa del inminente peligro en que el cerco de Himilkon la había puesto, los iberos, junto con multitud de mercenarios de otras procedencias, figuran constantemente al lado de los púnicos. Selinoús, Himera, Akragas, Gela, Kamarina y otras muchas ciudades fueron, cuál más, cuál menos, sometidas a venganzas y represalias de todo género. Unas fueron saqueadas y destruidas desde sus cimientos, como la infeliz Himera; otras, simplemente desalojadas de sus habitantes y utilizadas como cuartel de invierno. En todos estos actos se hallaron presentes los miles de iberos que en distintas levas fueron sacados de España. Sólo Syrakusa se pudo salvar por dos veces, y ambas un poco milagrosamente, de esta imponente ola de barbarie, de esta espantosa guerra, una de las más cruentas que recuerda la historia. Dionysios el Viejo, tirano de Syrakusa, pudo, ayudado de su buena estrella y de la atroz peste que se desarrolló entre los sitiadores, aniquilar de tal modo las ya deshechas fuerzas cartaginesas, que su jefe, el general Himilkon, se vió obligado a comprar con oro su salvación personal y la de los ciudadanos cartagineses que aún le quedaban entre sus tropas. Los mercenarios fueron abandonados cobardemente en el campo de batalla a merced de sus enemigos y de la peste, que seguía haciendo estragos cada vez mayores. Unos lograron huir antes de caer en ma-

nos de los syrakusanos, otros se entregaron de grado; únicamente los iberos, demasiado orgullosos para humillarse tanto, permanecieron unidos y prestos para resistir si era preciso. “Sólo ellos —dice Diodoro—, habiéndose reunido en armas, enviaron heraldos para pedir alianza, y Dionysios, una vez cumplidos los ritos, colocó a los iberos entre sus mercenarios.” (Diod. XIV, 75, 8-9.) Esto ocurría en el año 395. Los iberos, que se hallaron dos veces ante los muros de la opulenta Syrakusa, entraron esta vez en ella, no como vencidos, sino como aliados. El estrago de la peste había sido tal, que cuando los griegos llegaron al campamento cartaginés hallaron, según cifras indudablemente exageradas de Ephoro, 150.000 cadáveres insepultos.

Esta breve mención de los acontecimientos sicilianos viene a cuento para explicarse la presencia de los guerreros hispanos en Kórinthos. Tras la derrota de Himilkon, tenemos a los iberos aliados por pacto con Dionysios. No sabemos qué empleo dió el tirano de Syrakusa a estas tropas asalariadas. Las fuentes históricas no nos dicen nada. Es muy lógico suponer que allí donde los textos mencionan a los mercenarios de Dionysios estarían también los iberos. Debieron, pues, sin duda luchar al lado de los syrakusanos, tanto en Sicilia como en la Magna Grecia. Pero dejemos estas suposiciones y vamos a noticias más concretas. En 368 son nombrados de nuevo los mercenarios iberos de Dionysios. Veamos en qué circunstancias.

Acababan de sufrir los spartanos con un estoicismo admirable la espantosa derrota de Leuktra, en 371, cuando Atenas, que vió con temor la preeminencia que este éxito daba a Epameinondas y, en general, a los beocios, decide aliarse con Sparta y Kórinthos. El general ateniense Chabrias, con un ejército mixto de spartanos y áticos, en junto unos 20.000 hombres, ocupó los montes del Oneion, de gran valor estratégico, por

dominar el istmo de Kórinthos, que Epameinondas quería forzar con el propósito de unirse con sus aliados del Peloponneso. No obstante estas medidas, el general thebano, gracias a una habilísima maniobra, pudo atravesar la estrecha lengua de tierra burlando a sus defensores. Tras de unirse con arcadios y argivos, Epameinondas quiso tomar Kórinthos, pero fué rechazado por Chabráas. A continuación de tal episodio añade Xenophón (*Hellen.*, VII, 1, 20) la siguiente noticia:

ἄμα δὲ δὴ πεπραγμένων τούτων καταπλεῖ Λακεδαιμονίους ἢ παρὰ Διονυσίου βοήθεια. τριήρεις πλῆρον ἢ ἑξοσιν. ἦγον δὲ Κελτούς τε καὶ Ἰβήρας καὶ ἰππέας ὡς πεντήκοντα.

(“En este momento —dice Xenophón— llegaron las tropas de auxilio enviadas por Dionysios a los lacedemonios; constaban estos refuerzos de más de veinte triremes cargados de celtas, iberos y unos cincuenta jinetes.”)

El autor de las *Hellenicas* no dice el número de estos mercenarios bárbaros, pero Diodoro, que utiliza datos de otra procedencia, nos hace saber, al hablar del mismo envío, que eran en junto dos mil y que fueron contratados por cinco meses. He aquí el texto griego no recogido en las *Fontes* de Schulten:

Ἐκ δὲ τῆς Σικελίας Κελτοὶ καὶ Ἰβήρες διςχιλιοὶ κατέπλευσαν εἰς Κόρινθον, ἐκπαμφθέντες ὑπὸ Διονυσίου τοῦ τυράννου συμμαχῆσαι Λακεδαιμονίους, εἰς μῆτας πέντε τοὺς μισθοὺς εἰληφότες. (Diodoro, XV. 70. 1).

(“De Sicilia vinieron en las naves a Kórinthos dos mil celtas e iberos, que Dionysios el Tirano había enviado para pelear como aliados con los lacedemonios después de haberles pagado la soldada de cinco meses.”)

A pesar del refuerzo recibido, Chabráas no se decidió a atacar a los thebanos, pero los jinetes de Dionysios se entretuvieron en escaramuzas sin trascendencia, más que todo por lucir su sistema de combatir, nue-

vo para los griegos de aquellas tierras, que, acostumbrados a sus pesados cuerpos montados, admiraban la destreza y agilidad con que estos jinetes syrakusanos se movían. En cuanto a la intervención de iberos y celtas, Xenophón cuenta a continuación lo que sigue según un texto tampoco recogido por Schulten en sus *Fontes*:

Μετὰ ταῦτα μέντοι οἱ Θηβαῖοι μείναντες οὐ πολλὰς ἡμέρας ἀπῆλθον οἴκαδε, καὶ οἱ ἄλλοι δὲ ἕκαστος οἴκαδε. Ἐκ δὲ τούτου ἐμβάλλουσιν οἱ παρὰ Διονυσίου εἰς Σικυώνα, καὶ μάχῃ μὲν νικῶσι τοὺς Σικυωνίους ἐν τῇ πεδίῳ, καὶ ἀπέκτειναν περὶ ἑβδομήκοντα. Δαίρας δὲ τεύχος κατὰ κράτους αἰρούσιν. Καὶ ἡ μὲν παρὰ Διονυσίου πρώτη βοήθεια τοιαῦτα πράξασα ἀπέπλευσεν εἰς Συρακούσας. (Xenophón. Hell. VII. I. 22).

(“Al cabo de unos cuantos días volvieron de nuevo los thebanos a su patria, y los aliados que componían el resto de su ejército a sus respectivas ciudades. Al punto emprendieron las tropas de Dionysios una razia por las tierras de Sikione, vencen a los sikionios en un encuentro en la llanura, les matan unos setenta hombres y asaltan el fuerte de Dairas. Tras estos hechos, el primer ejército de auxilio enviado por Dionysios embarcó de nuevo rumbo a Syrakusa.”)

Mucho más breve es la mención que Diodoro hace de estos hechos, en los que las tropas estipendiarias de Dionysios tomaron parte. El historiador sikeliota dice lo que a continuación copiamos en un párrafo que no figura tampoco en la recopilación de Schulten. He aquí el texto:

Οἱ δ' Ἑλληνες πείραν αὐτῶν βουλόμενοι λαβεῖν, προήγον αὐτοὺς, καὶ κατὰ τὰς συμπλοκάς καὶ μάχας ἀνδραγαθούντων αὐτῶν, πολλοὶ τῶν τε Βοιωτῶν καὶ τῶν συμμάχων ὑπ' αὐτῶν ἀνηροῦντο. Διόπερ δόξαντες εὐχειρίᾳ καὶ ἀνδρείᾳ διαφέρειν καὶ πολλὰς χρεῖας παρασχόμενοι, καὶ τιμηθέντες ὑπὸ τῶν Λακεδαιμονίων, τοῦ θέρους λήγοντος ἐξαπεστῆλθον εἰς τὴν Σικελίαν. (Diodoro, XV, 70, 1).

(“Los helenos, queriendo ponerlos a prueba, los colocaron (a los mercenarios enviados por Dionysios) en la vanguardia; en las escaramuzas y en los combates.

se distinguieron por su valentía, matando a muchos de los beocios y de sus aliados. Por esto, habiendo cobrado fama de destacar en la destreza y en el valor y de servir de gran provecho, al terminar el verano fueron enviados de nuevo a Sicilia, honrados por los lacedemonios.”)

Todo esto se refiere a la primera expedición, que fué la del año 368.

Al año siguiente, 367, se hallaba Sparta bajo la amenaza de los arcadios, aliados de los beocios, y Dionysios envió el segundo ejército auxiliar. Un pasaje de las *Hellénicas* de Xenophón (VII, I, 28-29), no recogido en las *Fontes*, narra lo que sigue acerca de la intervención de estas tropas estipendiarias, que parecen ser las mismas que formaron parte de la primera expedición el año anterior:

Ἐπεὶ δὲ περιέπλευσαν οἱ παρὰ Διονυσίου εἰς Λακεδαιμόνα, λαθῶν αὐτοῦς ὁ Ἀρχίδαμος μετὰ τῶν πολιτικῶν ἐστρατεύετο· Καὶ Καρύας μὲν ἐξαιρεῖ κατὰ κράτος, καὶ ὄσους ζώντας ἔλαθεν, ἀπέψαξεν ἕκαστον δὲ ἐθῶς στρατευόμενος εἰς Παρβασίους τῆς Ἀρκαδίας μετ' αὐτῶν εἶηεν τὴν χώραν. Ἐπεὶ δ' ἐβοήθησαν οἱ Ἀρκάδες καὶ οἱ Ἀργεῖοι, ἐπαναχωρήσας ἐστρατοπεδεύεσθαι ἐν τοῖς ἐπὶ Μιδέας γηλόφοις. Ἐνταῦθα δ' ὄντος αὐτοῦ Κισσίδας ὁ ἄρχων τῆς παρὰ Διονυσίου βοηθείας ἔλασεν ὅτι ἐξήκον αὐτῷ ὁ χρόνος ὅς εἰρημένως ἔν παραμένειν. Καὶ ἅμα ταῦτ' ἔλεγε καὶ ἀπῆει τὴν ἐπὶ Σπάρτης. Ἐπεὶ δὲ ἀποπορευόμενον ὑπετέμνοντο αὐτὸν οἱ Μισσηῖοι ἐπὶ στενὸν τῆς ὁδοῦ, ἐνταῦθα δὲ ἔπεμπεν ἐπὶ τὸν Ἀρχίδαμον καὶ βοήθειαν ἐκέλευε· κάκεινος μόντοι ἐβοήθει.

(“Cuando las tropas de Dionysios desembarcaron en Laconia, salió Archídamos con ellas y un ejército lacedemonio al campo. Toma Karya por la fuerza y mata a los prisioneros. De allí marcha inmediatamente contra las tierras de los parrhasios, en Arcadia, y asola sus campos. Cuando los arcadios y argivos acudieron en socorro de los parrhasios, Archídamos vuélvese atrás y levanta sobre la colina que domina Midea su campamento. En esto Kissídas, el jefe de las tropas enviadas por Dionysios, le hace saber que el plazo de su servicio había

terminado, y emprendió al punto su retirada a Sparta. Pero los messenios le cerraron el paso en una angostura y entonces el general syrakusano envió un parte a Archídamos pidiéndole ayuda, y éste entonces acudió en su socorro.”)

Mientras tanto argivos y arcadios iban al alcance de los spartanos; pero Archídamos, dándose cuenta de su situación, se decide a atacar al punto a los aliados de Thebas, utilizando incluso las tropas mercenarias de Dionysios. Enardecidos los lacedemonios, y sus auxiliares con ellos, por la patriótica arenga con que les animó Archídamos, atacaron con tal ímpetu al enemigo que pronto quedó la victoria por ellos. He aquí cómo narra Xenophón (*Hellen.*, VII, 1, 31-32) el momento y la intervención brillante que en él tuvieron los celtas:

Ἐπεὶ μέντοι ἤγειτο ὁ Ἀρχίδαμος, ὀλίγοι μὲν τῶν πολεμίων δεξάμενοι εἰς δόρυ αὐτοὺς ἀπέθανον· οἱ δ' ἄλλοι φεύγοντες ἔπιπτον, πολλοὶ μὲν ὑπὸ ἵππεων, πολλοὶ δὲ ὑπὸ τῶν Κελτῶν, ὧς δὲ ληξάσης τῆς μάχης τρόπαιον ἐστήσατο, εὐθὺς ἔπεμφεν οἰκαδὲ ἀγγελοῦντα Δημοτέλη τὸν κήρυκα τῆς τε νίκης το μέγεθος καὶ ὅτι Λακεδαιμονίων μὲν οὐδὲ εἷς τεθναίη, τῶν δὲ πολεμίων παμπληθεῖς.

(“Los acaudillaba Archídamos, y unos pocos de los enemigos que los esperaron con las lanzas, murieron, mientras que los otros caían huyendo, unos bajo los jinetes y otros en manos de los celtas. Al terminar el combate, habiendo levantado un trofeo, envió apresuradamente a la patria al heraldo Demosteles para que diese parte de la grandeza de la victoria, y cómo de entre los lacedemonios no había muerto ninguno, pero de los enemigos muchísimos.”)

Así se ganó la famosa “Victoria sin lágrimas” que tanto levantó el espíritu de los lacedemonios, sobre el que aún pesaba la derrota de Leuktra. La intervención de los mercenarios enviados por Dionysios de Syrakusa fué, al parecer, parte muy importante de ella.

Estos son los hechos tal como los narra el histo-

riador griego. Pero al margen de ellos cabe aún hacer algunas glosas o comentarios no desprovistos de interés. Desde el 395, fecha en que los iberos que figuraban en el disuelto ejército de Himilkon pasaron por pacto a ser aliados de Dionysios de Syrakusa, hasta el 368, en que los iberos son mencionados de nuevo con motivo de las guerras thebanas, habían trascurrido veintisiete años. ¿Son éstos los mismos que aquéllos? De no serlo, había que suponer que el pacto dicho comprometía no sólo a los que lo aceptaron sino también a las tribus o pueblos a que pertenecían, puesto que los contingentes se renovaban. En este sentido podía interpretarse la palabra “alianza” (συνμυχία) empleada en el texto de Diodoro. En tal caso, más que un contrato de servicio de armas sería un pacto de alianza y de amistad entre griegos e iberos. Un argumento más en apoyo de esta hipótesis lo proporciona indirectamente el hecho de que pocos años más tarde del 395, año en que se celebró el pacto de alianza entre iberos y griegos, cuando los cartagineses, esta vez al mando de Magón, volvieron de nuevo al campo de batalla, sus fuerzas mercenarias estaban compuestas de gentes reclutadas en Africa, Cerdeña y entre los bárbaros de Italia, pero no en la Península Ibérica, como antes, pues los textos no mencionan a los iberos. Parece ser que en sustitución de ellos tuvieron que buscar gentes nuevas, ya que ni los sardos ni los itálicos solían figurar hasta entonces en los ejércitos cartagineses. La ausencia de guerreros hispanos entre las tropas púnicas de Sicilia, dura, al menos juzgando por el silencio de los textos, hasta el año 339, en el que vuelven a ser mencionados al lado de los cartagineses con motivo de la batalla de Krimisos (Diod. XVI, 73, 3. Texto éste que no figura en las *Fontes Hispaniae Antiquae*, de Schulten. Plutarco, *Timoleón*, 28). Entre ambas fechas hay un espacio de tiempo de cincuenta y seis años, durante los cuales ni

una sola vez son citados los iberos con los cartagineses, y sí, por el contrario, al menos una vez, en 368, con los griegos. Por todo ello nos inclinamos a creer que el pacto, que pudiéramos llamar de Syrakusa, fué propiamente un verdadero pacto de alianza entre Dionysios y los iberos peninsulares, representados por los régulos o duces que figuraban entre las tropas ibéricas destacadas en Sicilia.

También pudo ser posible que los iberos citados en el año 368 sean simplemente el resto de aquellos que pactaron con Dionysios en 395. Lo exiguo del contingente ibérico que figura en el envío del tirano de Syrakusa pudiera servir de apoyo a esta suposición. En efecto, si nos atenemos a las cifras dadas por Diodoro, en junto, entre iberos y celtas, sumaban estas tropas de auxilio 2.000 hombres; de ellos es lo más probable que fuesen iberos solamente la mitad, poco más o menos, es decir, unos 1.000 hombres, integrados, quizás, en su mayoría por aquellos que en 395, veintisiete años antes, disfrutaban aún de una edad temprana. Añadamos, para terminar con los iberos, que aunque éstos no son mencionados explícitamente en la expedición del año 367, hay que suponerlos en ella, pues, evidentemente, se trata de la misma gente que un año antes salió de Syrakusa en ayuda de los lacedemonios.

Otra cuestión se deriva de los textos acabados de presentar: la de si los celtas mencionados en la "Victoria sin lágrimas", del año 367, y antes, en el ataque a Sykione, en unión con los iberos en el 368, son celtas españoles o no. También esta es cuestión ardua, pero vale la pena discutirla. Tropas estipendiarias de nacionalidad celta podían haberlas los syrakusanos en la Península Ibérica, en el Mediodía de las Galias y en toda la región Norte de Italia. La política de hegemonía y expansión que con tanta fortuna llevó a cabo Dionysios el Antiguo, afectó incluso al Adriático, que desde

esta fecha comienza a ser para Grecia algo más que un mar de piratas. Las colonias que en él fundó le pusieron en contacto con los galos del Norte de Italia. Sabemos de cierto que éstos no sólo le enviaron una embajada, sino que le proporcionaron también mercenarios. La cuestión está, pues, en saber si los soldados celtas que Dionysios envió en los años de 368 y 367 al Peloponneso, en ayuda de los lacedemonios, eran precisamente galos del Norte de Italia o celtas españoles reclutados en nuestra Península, o quizás más bien pasados al campo syrakusano cuando en 395 los estipendiarios españoles (entre los cuales podía haber también algunas falanges de celtas peninsulares) pactaron con Dionysios. Para hallar una vía de posible solución a este interesante problema, comencemos por advertir que en los textos transcritos de Xenophón y en la mención de Diodoro se habla no de "gálatas" o "galos", como se solía llamar por lo general a los del Norte de Italia, sino de "celtas". ¿Es esto suficiente para poder afirmar que los celtas mercenarios de Dionysios (nos referimos solamente a los que fueron enviados por este tiempo al Peloponneso) eran celtas oriundos de la Península Ibérica? Desgraciadamente, no.

Los historiadores y geógrafos antiguos solían designar a todo el grupo étnico que hoy conocemos con el nombre genérico de celtas, con dos denominaciones distintas: galos o gálatas (*Γαλάται*), como le llamaban los griegos, y celtas (*Κελτοί*), propiamente tales. ¿Puede atribuírse a cada una de estas dos denominaciones una circunscripción geográfica determinada? Es ésta una cuestión que aparece borrosa en las mismas fuentes y sobre la cual aún no se ha llegado tampoco a una conclusión definitiva, en parte, quizás, por falta de un estudio más detenido. Meltzer, por ejemplo, en su *Geschichte der Karthager*, al hablar de la guerra de los mercenarios, traducía por celtas donde el texto de Po-

lybios dice gálatas. Y viceversa, Gsell, en su *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, tratando del mismo tema, habla de gálatas donde el historiador griego escribió celtas. El mismo Polybios emplea indistintamente ambos términos; al referirse a Autaritos lo suele llamar gálata, y hablando de sus mercenarios los llama celtas. Niese, en contra de la opinión de Camille de Julián, cree que no hay posibilidad de distinguir entre uno y otro término, y que ambos son idénticos (en Pauly-Wissowa, *Galli*). La cuestión es ciertamente difícil. Sin que nosotros pretendamos aquí terciar en el problema, pues no es éste el lugar, nos atrevemos, sí, a decir que la denominación de gálatas afecta en general más bien al grupo o grupos más en contacto con los focos culturales clásicos, y que el nombre de celtas parece corresponderse más bien con el área más occidental del Mediterráneo, es decir, con aquellos grupos más alejados de los focos clásicos. Por lo menos puede hacerse una afirmación, y es que en las fuentes antiguas no se encuentra nunca, al hablar de los celtas peninsulares, la denominación de galos o gálatas. La única excepción es un evidente descuido cometido por Eratóstenes (siglo III a. d. C.), que colocaba en la periferia de nuestra Península a ciertos pueblos que él llamaba "galos", error que ya fué notado y criticado por Polybios y por Strabón (Strab. 107). Para los habitantes peninsulares de la gran familia germánica, los historiadores y geógrafos antiguos emplearon siempre la denominación de "celtas", y en cuanto éstos se unieron con los iberos, el nuevo grupo étnico así resultante fué denominado "celtíbero" (Κελτιβηροί). Muchos serían los textos que podríamos aportar a este respecto por lo que a España se refiere, pero tampoco creemos éste el lugar de entrar más a fondo en la cuestión. Para Ephoro, por ejemplo, la mayor parte de lo que se solía llamar Iberia era la *Céltica* (Strab. 199). Según Polybios (XXXIV, 9, 3.

Strab., 151), en el Guadiana inferior vivían ciertos “célticos” (Κέλτικοί) que constituían un a modo de enclave germánico dentro de gentes tartessias. (Véase para esta cuestión Schulten-Bosch, *Font. Hisp. Ant.*, página 143.) Por otra parte, y para abandonar ya las menciones clásicas, la Arqueología nos dice con evidencia que las tribus celtas del interior de la Península llegaron en sus movimientos de expansión a tocar por distintos puntos las costas mediterráneas, de donde, tanto los cartagineses como los griegos, pudieron tomar parte de las tropas asalariadas que sacaban de España los primeros y que pudieron también tomar los segundos. Sabido es que en Villaricos (Siret, *Villaricos y Herre-rías*, en las Memorias de la Academia de la Historia, 1908), en los alrededores de Carmona (Bonsor, *Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Betis*, en la *Revue Archéologique*, 1899), como en la misma colonia griega de Ampurias y en su región (Bosch, *Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica*, en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1921) se han hallado claros testimonios de la presencia de los celtas. (Acerca del descenso de los celtas de la meseta central a las zonas periféricas de la Península, consúltese: Bosch-Gimpera, *Los celtas y la civilización, etc.*, y *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona, 1932. Véanse también de Schulten las *Fontes*, ya citadas, y su *Numantia. Ergebniss der Ausgrabungen*. Munich, I-1914; II-1931. Repásense también las voces correspondientes de la *Realencyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, de Pauly-Wissowa-Kroll.) Pero por si estas suposiciones no se viesan con apoyo suficiente en los razonamientos expuestos, hay una prueba de más peso y es la presencia de un broche-placa de cinturón, del tipo característico celta español, entre los bronzes hallados en el recinto sagrado de Olympía. Este interesante testimonio (lám. V) fué publicado por sus

excavadores en 1890 (*Olympía. Die Ergebnisse der Ausgrabung. IV, die Bronzen*, lám. LXVI, núm. 1151), sin clasificarlo, cosa muy disculpable, pues entonces en la misma España se desconocía la serie. La citada publicación alemana dió del broche un excelente dibujo, que es el que se ha seguido reproduciendo en estudios posteriores. Más tarde se halló un trozo que faltaba a uno de los ganchos y con él se pudo completar la pieza tal y como se guarda hoy en el Museo Nacional de Atenas (núm. 6283) del inventario). La placa de cinturón de Olympía fué hallada al Sur de Heraion y aún conserva restos de dorado. Mide de largo unos 9,50 cm. y de ancho algo más de 5 cm. Nuestra fotografía, lograda gracias a la amabilidad del director del Museo Nacional de Atenas, señor Philadelphus, a quien nos honramos en dar aquí las más expresivas gracias, es la primera que se publica de dicho bronce. No creemos preciso insistir en que se trata de un ejemplar perteneciente a la misma serie que los hallados en España con tanta abundancia y tenidos con razón como propios de la cultura celta posthallstática del Centro de la Península.

Cómo fué a parar este interesante bronce a Olympía, es cosa a la cual no se podrá contestar probablemente nunca. Pudo ser un exvoto de algún mercader griego que hubiese comerciado en las costas o en el hinterland peninsular o bien haber pertenecido a un celta español que pudo haber estado en Grecia. No sería muy aventurado pensar, ya que estamos metidos en el círculo de las hipótesis, que pudo haber llegado a Olympía como exvoto de la "Victoria sin lágrimas" del año 367, victoria en la que, como hemos visto no hace mucho, tan brillante parte tomaron los mercenarios celtas enviados por Dionysios de Syrakusa en auxilio de los lacedemonios. Si así fuese, no cabría duda que los celtas de esta segunda expedición, como los de la

primera que fueron compañeros de los iberos, eran celtas españoles. Pero aunque así no fuese, la placa de cinturón de Olympía es de por sí misma un monumento arqueológico de primera magnitud para poder hablar de relaciones entre los pueblos célticos de la Península Ibérica y las lejanas tierras de la Grecia Propia.

*Embajada ibérica a Alejandro Magno. 324, 23.* Tras la fugaz intervención de los mercenarios hispanos en las guerras thebanas, la historia de la Grecia Propia calla durante medio siglo sus nombres. Si los iberos o los celtas peninsulares volvieron a pasear sus armas por los campos de batalla de la vieja Hélade, nada nos han transmitido los textos llegados hasta nosotros. Sabemos, por el contrario, que gentes reclutadas en España por los cartagineses luchaban entonces en Sicilia. Un número indeterminado de iberos figuraba, como hemos visto de pasada, al lado de los cartagineses en la batalla de Krimisos (340 —39 a. d. C.), en la que el tirano Timoleón aniquiló uno de los ejércitos más brillantes que los púnicos habían puesto en la isla. Cuando la historia de la Grecia Propia vuelve a mencionar de nuevo a los iberos, ésta acababa de comenzar uno de los períodos más interesantes de su vida: el período helenístico. Alejandro había conquistado el Asia y Egipto. Las luces del helenismo empezaban ya a brillar en todo el Oriente.

La fama de Macedón y el clamor de sus asombrosas hazañas cruzaron pronto el mundo. Las más alejadas colonias del antiguo Oikumenos, aquellas que el poder expansivo de la Hélade alzó en las playas levantinas de la remota Iberia, debieron recoger también, sin duda, el eco de sus victorias. A los más alejados oídos, fuesen de griegos o de bárbaros, debieron llegar las noticias de aquellos asombrosos acontecimientos, pues de todos los puntos del mundo partieron comisiones y embajadas de salutación. Gentes de todas las razas se apre-

suraron a enviarle testimonios de su admiración y amistad. También los iberos mandaron sus embajadores al conquistador de Oriente. Así lo hace constar un texto transmitido por Arriano (*Anábasis de Alejandro*. VII, 15,4), donde se lee lo que sigue:

κατόντι δὲ αὐτῷ εἰς Βαβυλῶνα Λιβύων τε πρεσβεῖαι ἐνατέγγχονον... Βρέττιοί τε καὶ Λευκανοὶ καὶ Τυρρηνοὶ... καὶ Καρχηδόνιους τότε πρεσβεῦσαι λέγεται καὶ ἀπὸ Αἰθιοπίων πρέσβεις ἔλθεῖν καὶ Σκυθῶν τῶν ἐκ τῆς Εὐρώπης καὶ Κελτοῦς καὶ Ἰβήρας ὑπὲρ φιλίας δεησομένους, ὧν τὰ τε ὀνόματα καὶ τὰς σκευὰς τότε πρῶτον ἀφθῆνοι πρὸς Ἑλλήνων τε καὶ Μακεδόνων.

(“Cuando Alejandro se dirigía a Babylonia se le presentaron embajadas de los libyos, brettios, lukanos, tyrrhenios... Se ha dicho que los cartagineses también enviaron sus comisionados; de parte de los skythas de Europa y de los aethiopes llegaron igualmente embajadores, así como de los celtas e iberos, todos pidiendo amistad. Griegos y macedonios conocieron entonces por vez primera sus nombres y equipos.”)

En contra de la opinión de Schulten de que tal texto, por lo que a los iberos se refiere, es una invención absurda (*Fontes Hisp. Antiq.*, 73), a nosotros nos parece tan verosímil que no vemos motivos suficientes para dudar de su veracidad, no sólo por la estrecha relación de los iberos con los griegos en Sicilia, sino principalmente por la mantenida con los de la propia España a través de sus colonias. Si para los tiempos arcaicos es evidente un contacto —y Emporion y Masalia son buena prueba de ello— entre la Jonia mino-rasiática y el lejano Occidente, ¿qué no sería en el período helenístico en el que tanta claridad se hizo en el conocimiento de los más distantes pueblos? Por su parte, el macedón, si hemos de hacer caso a las transmisiones escritas, debía tener una información bastante completa de Iberia, puesto que en su mente llegaron a bullir proyectos de conquistas en el lejano Oeste. (Véan-

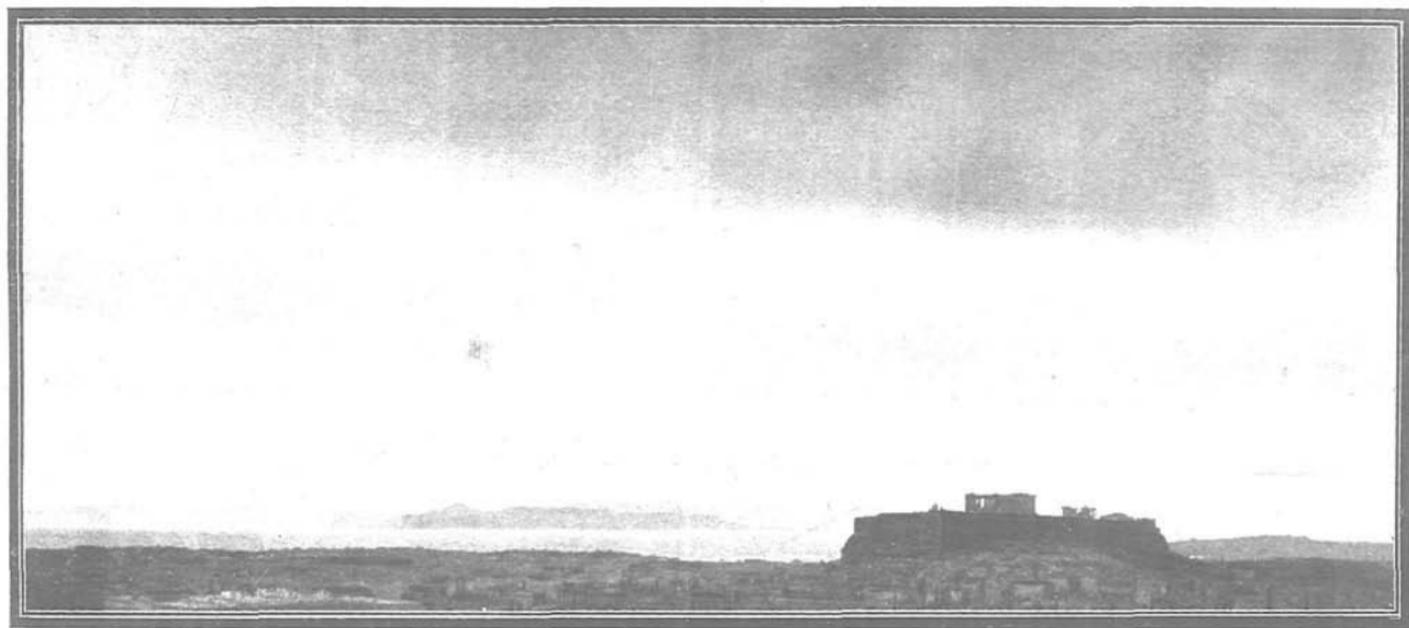
se textos recogidos por Schulten en sus *Font. Hisp. Antiq.*, págs. 72 y 73.)

Las hazañas de Alejandro tuvieron una resonancia colosal, que sin duda ninguna llegó a España a través de los establecimientos griegos, y así como partieron comisionados celtas y tyrrhenios, libyos y cartagineses, cuyos pueblos vivían a orillas del Mediterráneo Occidental, que bañaba también las costas de Iberia, pudo salir de ésta la embajada de que habla Arriano. No hay motivo que permita admitir la posibilidad de aquéllas y negar la de la última. También se ha querido privar de verosimilitud a la noticia que habla de una embajada romana a Alejandro, pero, como dice K̄aerst, no existe ningún argumento suficiente para negársela. Volviendo a los iberos, no creemos, repetimos, en la supuesta falsedad de la noticia transmitida por Arriano, tanto más cuanto que éste fué un historiador escrupuloso y concienzudo, que anotaba las diferencias y variantes en las versiones, al cotejar los textos de que se valió para su *Anábasis de Alejandro*. Fiados, pues, en la posibilidad de dicha transmisión, vale la pena fijar el año en que tal embajada tuvo lugar. Según la narración de Arriano, ésta, como las otras, fueron recibidas por Alejandro cuando, después de haber perdido a su mejor auxiliar y amigo, al general Hephais-tion, se dirigía de Ekbatana a Babylonia, donde pronto fué arrebatado a su vez por la muerte. Por tanto, la fecha aproximada en que debieron ser recibidas estas embajadas puede calcularse, con bastante precisión, en 324-23.

No obstante lo dicho antes acerca de la probidad histórica de Arriano y de la confianza que debe merecernos el texto transcrito, hemos de hacer una corrección al mismo. No es cierto que griegos y macedonios conociesen en aquella ocasión por vez primera los nombres y equipos de aquellos pueblos que cita. Bien se

echa de ver, por lo que a iberos y celtas se refiere, que se trata de una inadvertencia. Es probable que lo que Arriano quiso decir fué que para los soldados que formaban el ejército de Alejandro, el aspecto y los nombres de los pueblos que representaban los embajadores recién llegados constituyó una cosa totalmente nueva. Pero es indiscutible que para los jefes o personas ilustradas que figurasen en el ejército, si no el aspecto, sí por lo menos los nombres de estos pueblos les debían de ser harto conocidos.

ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO.



LÁM. I.—*Atenas*. En primer término la roca de la Acrópolis vista por su lado Norte. A la izquierda el viejo Phálero y a la derecha la Akté del Peiraieo. Al fondo la isla de Aégina, y en el horizonte las costas de la Argólida. Vista tomada desde las faldas del Lykabettós.

(Fot. García y Bellido.)





LÁM. II.—*Delphos*. Bases de los trípodes votivos consagrados por Gelón, tirano de Syrakusa, en conmemoración de la batalla de Himera (480 a. d. C.), en la que tomaron parte los mercenarios iberos.

(Fot. García y Bellido.)





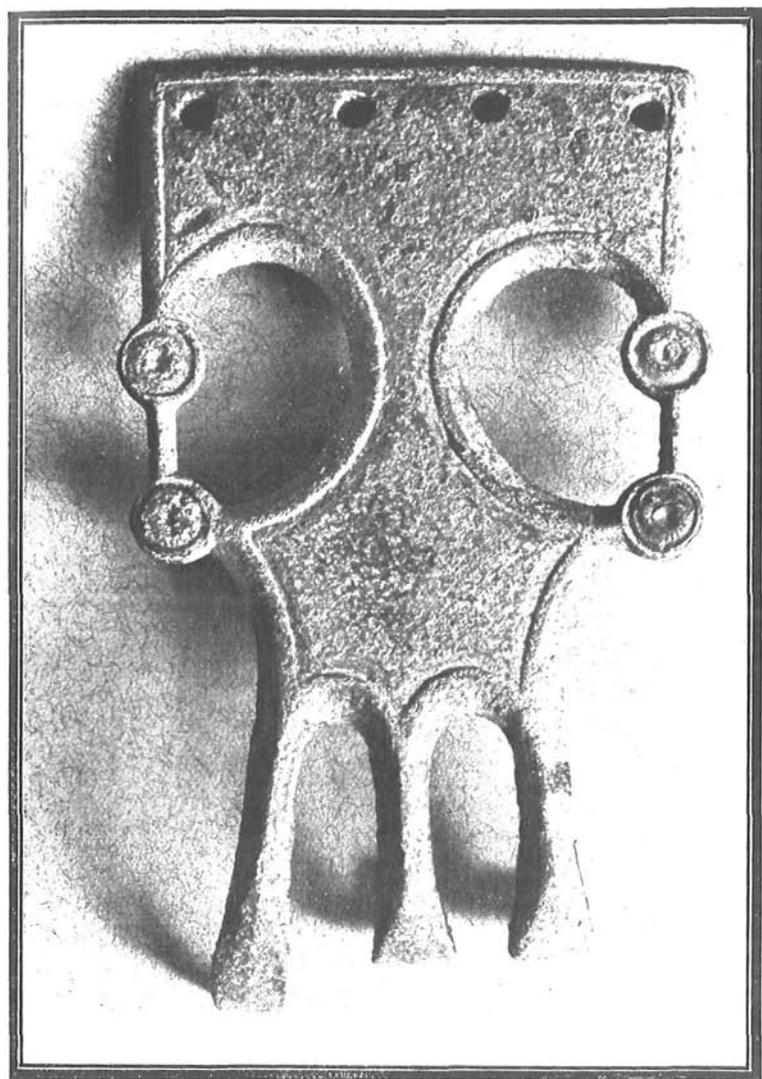
LÁM. III.—*Kórinthos*. En primer término, a la izquierda, la Palaia-Kórinthos, con el área de excavaciones americanas, y los restos del puerto de Lechaion, donde probablemente desembarcaron las tropas mercenarias iberas y celtas enviadas por Dionysios en 368 y 367. Al fondo, a la derecha, Nea-Kórinthos, con el comienzo del canal. Cerrando el horizonte, los montes Geraneía y las costas de Beocia (monte Helikón). Vista tomada desde la Akro-Kórinthos.  
(Fot. García y Bellido.)





LAM. IV. — *Palaia-Korinthos*. — Ruinas del templo de Apolo. Al fondo los montes Geraneia.





LÁM. V.—Broche de cinturón celta español hallado en Olympía, al Sur del Heraion. Conserva restos de dorado. Museo Nacional de Atenas. Dimensiones del original, 9,50 × 5 cm.

(Fot. García y Bellido.)

